

# EL CONCEPTO DE LA HISTORIA EN LA COMUNICACIÓN HISTORIOGRÁFICA

**JOSÉ LUIS ORELLA**

Universidad CEU San Pablo

jlorella@ceu.es

**RESUMEN:** El hombre es un sujeto de estudio a través de su historia. Con el transcurrir de los tiempos, la necesidad de describir los hechos transcurridos ha sido una realidad, pero el modo de interpretarlos ha ido variando, según el contexto cultural, religioso o político demandaba una herramienta cultural formativa de la sociedad. Desde la antigüedad hasta hoy, la necesidad de predecir el futuro, conociendo las “leyes” del pasado ha sido un hábito recurrente del hombre en la tierra.

**PALABRAS CLAVE:** Historia – Herodoto – ciencia histórica – escuela de los annales – cronistas de indias

**ABSTRACT:** The man is a subject of study through its history. With the passage of time, the need to describe the intervening events has been a reality, but how to interpret them has varied, depending on the cultural, religious and political context demanded a formative cultural tool of society. From ancient times to today, the need to predict the future, knowing the “laws” of the past has been a recurring habit of man on earth.

**KEYWORDS:** History – Herodotus – historical science – school annals – chronicles of America

---

*José Luis Orella es Ex-Director del Departamento de Historia y Pensamiento de la Universidad San Pablo-CEU, Doctor de Historia Contemporánea por la Universidad de Deusto, presidente del Foro Arbil, portavoz del Foro el Salvador. Profesor agregado de Historia de la Universidad San Pablo CEU. Entre sus títulos figuran Los otros vascos, La tregua de ETA, Víctor Pradera: un católico en la vida pública de principios de siglo, Retratos de la Guerra de la Independencia, La formación del Estado nacional e Historia breve de Guipúzcoa.*

## CONCEPTO DE HISTORIA

La Historia es el análisis de los hechos de manera que, a partir de ellos, comprendamos la naturaleza de los elementos que intervienen en los mismos. Se trata de conocer y comprender los hechos en correspondencia con la realidad, y de ahí extraer la razón de la Historia, en expresión de Ortega y Gasset<sup>1</sup>. Por eso la Historia, a pesar de lo que se escucha en demasiadas ocasiones, es una disciplina de carácter eminentemente objetivo: porque se trata de desentrañar la naturaleza real de lo que ha ocurrido en el pasado, no de interpretar ese pasado en función de una idea arbitraria o de una mera visión subjetiva del mundo.

El historiador es una persona que de forma continuada se pregunta ¿por qué?. Ya Herodoto en la lejana Grecia emitió la razón de la historia, cuyo objetivo era conservar el recuerdo de las hazañas de los griegos y los bárbaros, pero también decir la causa de sus luchas. Para los historiadores contemporáneos,

“es la ciencia que estudia cierto tipo de acontecimientos; es la ciencia de las sociedades humanas y de sus cambios en el tiempo; es la narración de hechos que han ocurrido; es el estudio del pasado; son las huellas que ha dejado nuestro pasado; es una sucesión de acontecimientos; es la sucesión de todos los hechos que configuran el pasado del hombre; son todas las vivencias que experimentó la humanidad en su conjunto”<sup>2</sup>.

Cada maestro ha querido dejar su concepto, desde el gran Lucien Febvre, que designaba la historia como un estudio de las diversas creaciones de los hombres; al británico E.H. Carr, que la definía como un proceso de la investigación en el pasado del hombre en sociedad; o el holandés Johan Huizinga, que mostraba la historia como una cultura que rinde cuentas de su pasado<sup>3</sup>. Los alemanes, reyes de la historia durante el siglo XIX, desarrollaron dos conceptos, *historie* que expresa la realidad histórica y *Geschichte* como ciencia histórica. Aunque la historia haya estado determinada en su forma por la profesión inicial del historiador<sup>4</sup>.

Sin embargo, después de tanto reflexionar, se suele imponer la opinión más sencilla:

1 Luis SUÁREZ, *Corrientes del pensamiento histórico*, Pamplona: EUNSA, 1996, p. 276.

2 Pedro RUÍZ, *La historiografía*, Madrid: Marcial Pons, 1993, p. 11.

3 Eduard Hallet CARR, *¿Qué es la historia?*, Barcelona: Ariel, 1981; Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona: Ariel, 1970; Johan HUIZINGA, *El otoño de la Edad media*, Madrid: Torre de Goyanes, 2006.

4 José Antonio EREÑO, “El oficio de historiador y el presente” en *Letras de Deusto*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1990, p. 13-23.

“la historia, que no es otra cosa que la vida de los hombres y por tanto vida en el tiempo, tiene como sentido último que el hombre, en su seno, en el mecerse de su ritmo, llegue a ser hombre. Que cada hombre llegue a ser lo que tiene que ser. Es claro que todas estas afirmaciones presuponen la realidad de un Dios que es Creador (ha hecho al hombre de una forma determinada) y providente (marca las pautas esenciales a las que habrá de ajustarse el hombre para llegar a ser lo que tienen que ser). De un Dios que además brinda su ayuda al hombre en su vivir. De un Dios Creador y Providence de un ser, el hombre, que él mismo ha creado como libre. El hombre libre tiene que llegar a ser, libremente y con la ayuda que Dios le ofrece, perfecto, santo. Tiene que salvarse, volver a Dios para siempre. Por eso el objetivo de la historia, para lo que se le da al hombre la vida en el tiempo, no son las culturas, los imperios, los Estados, las razas o las clases sociales... Todo esto, que innegablemente hay que conocer, sirve si ayuda al hombre a ser lo que ha de ser. Si no, se cambia o se elimina”<sup>5</sup>.

## LA RAÍZ CLÁSICA DE LA HISTORIA

De esta forma, la historia es el conocimiento de lo que ha sido, de lo que el hombre ha sido, en relación a lo que hubiese podido ser. La historia es necesaria para saber lo que somos, y tener un punto de partida para poder ser como debamos. Pero esto implica una historia en línea de progreso, lo que no siempre ha sido así. En un inicio, la historia era considerada como un arte, más bien hablaríamos de narraciones míticas e irreales, que se contradicen con el propio concepto de historia. Los primeros ejemplos escritos procedentes de los griegos, serían la *Iliada* y la *Odisea*, pero serán los propios griegos quienes busquen la raíz de la verdad detrás del mito. Será Herodoto (484-426 a. C.) con sus *Historias*. 9 libros cada uno dedicado a una musa. 4 a Persia y 5 a las Guerras Médicas, quien inicie una exposición de hechos verídicos ocurridos en su presente, haciendo referencia a la contienda entre Oriente/Occidente. A partir del considerado “Padre de la historia” aparecerán autores, que vuelven a estar de moda gracias a la historia del presente, como Tucídides (455-395 a.C.) quien con sus 8 libros *Sobre la Guerra del Peloponeso* aspiraba a conocer las causas de los hechos, con un esquema cíclico. En ella enmarca la lucha entre Atenas y Esparta, y las formas de gobierno democrática y aristocrática, es un estudio

---

5 Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*, Madrid: Rialp, 1993, p. 15.

veraz, pero con la subjetividad de un autor que investiga desde un presente que lo convierte en protagonista de su propio relato. En los autores griegos, el saber histórico se funda sobre la “autopsia”<sup>6</sup> y se organiza sobre la base de datos que procura; y la historia se hace presente. Es una historia que se identifica con la observación, y que como diría más tarde San Agustín en el capítulo XX de *Confesiones*, habría que rechazar la idea de pasado y futuro, por no existir, ya que lo que existe en realidad es la memoria del presente del pasado, la visión presente del presente, y la espera de un presente en el futuro. Sería el caso también de Jenofonte (435-355 a. C.), quien participó como mercenario en la guerra civil persa entre Ciro y Artajerjes, a favor del primero, y acaudillando la retirada de los Diez mil por territorio hostil. Aquella experiencia quedó para la posteridad en los 7 libros de la *Anábasis*, completada por la biografía sobre Ciro el Joven en *Ciropedia*.

Los romanos heredarán el testigo de la cultura y la necesidad de conocer la antigüedad como una ciencia basada en leyes. El concepto cíclico que algunos griegos habían insinuado a través de las formas de gobierno, será heredado por los romanos, incluso posteriormente por algunos contemporáneos como Oswald Spengler cuando en su *Historia de la decadencia de occidente*, planteó la historia de la humanidad a través de las civilizaciones, que como entes orgánicos, nacen, se desarrollan y mueren, dando vida a nuevas unidades culturales. Polibio (210-127 a. C.) utilizará como método la historia cíclica, y concebirá en sus *Historias*, una historia de Roma, desde la segunda guerra púnica a la derrota de Perseo de Macedonia, que será una de las primeras visiones de historia universal, al concebir el mundo romano como un todo global. La idea de un Imperio de extensión universal, de eterna duración, con un gobierno de origen divino y rigiendo en paz permanente a los pueblos hermanados no nace en Roma, sino en Oriente. Fue obra del pensamiento griego y se sintetiza en el panhelenismo de Isócrates. Pero sólo con muchas limitaciones y por muy breve tiempo fue llevado a la práctica por Alejandro. El ideal del Imperio Universal de Roma, sin abandonar los principios teóricos griegos, adquiere un sentido más positivo y concreto bajo el impulso de César y Augusto<sup>7</sup>.

Quien seguirá esta misma visión civilizadora de ver a Roma como el Universo conocido, será Tito Livio (59 a. C. – 17 d. C.) Su *Ab Urbe Condita* constaba de 142 libros, y se iniciaba desde el origen de Roma. Al papel de historiador también se sumarán antiguos políticos después de desarrollada su vida política, como fue el caso de Tácito (55 d. C. – 117 d. C.) con sus *Historias* y *Anales*, donde describe la historia de los emperadores. Pero Julio César (100 a. C. – 44

<sup>6</sup> Idea sacada de la definición de Marc Bloch sobre el conocimiento de la historia por rastros, pistas y vestigios, trabajando de forma similar a un policía o un médico.

<sup>7</sup> Ángel MONTENEGRO DUQUE (coord.), *Roma y su Imperio*, Madrid: Editorial Nájera, 1983, p. 11–21.

a. C.) fue quien mejor sabrá conciliar la *virtus* en la guerra y después en tiempos de paz con su *Bello Gallico* y su *Bello Civile*, donde, aunque se ensalce su figura, describe la geografía y la etnografía de los pueblos dominados por sus legiones, en su tiempo presente.

## LA HISTORIA LINEAL CRISTIANA

Pero el último legado de Roma y el más trascendental será la difusión del Cristianismo por las grandes rutas con las que el Imperio había unido a todo el Mediterráneo. La crisis de valores de la sociedad romana anunciará el profundo cambio religioso que marcará el nacimiento Europa. El cristianismo aportará a la historia un concepto lineal, marcado desde la Creación, como inicio de la historia, y que irá progresando de forma irreversible dentro de un plan inteligente concebido por Dios. Pero esta concepción novedosa del cristianismo, procedía a su vez del judaísmo. El Cristianismo provocó una revolución en la *Weltanschauung* de concebir la historia, al asignarle tres puntos fijos. La Creación como punto inicial de la Historia; la encarnación del Señor, como inicio de la historia cristiana y de la Salvación; y el juicio final, con el final de los tiempos, y por tanto de la historia. El Cristianismo rompe el tiempo circular y orienta la historia de forma lineal, dándole un sentido y una visión de progreso. Esta era la razón, mediante la cual Marc Bloch se refería al “cristianismo como la religión de los historiadores”, al permitirle a la humanidad acercarse al pasado a través de la Fe.

Los judíos fueron importantes en esa visión novedosa, porque han sido el único pueblo que posee un registro histórico, que les permite rastrear sus orígenes hasta épocas muy remotas. Los judíos pensaron que su pueblo, fundado por Abraham, podía remontarse incluso hasta Adán. La Biblia es el libro que probablemente ha sido más influyente en toda la historia de la humanidad, y aunque sea un libro religioso, es una historia redactada como una crónica de la Humanidad desde Adán y Eva. La Biblia abarca varios libros, 73 libros, redactados por autores muy distintos. La mayoría de los textos bíblicos, después de haber sido fijados por escrito, continuaron siendo leídos, actualizados, profundizados y sólo al final se consideró el Antiguo Testamento como algo inmutable. La Escritura es, pues, el *libro del pueblo de Dios*, surgido de la comunidad y dirigido a la comunidad, y conservado en la comunidad del pueblo de Dios. En el Nuevo Testamento asistimos a un proceso muy parecido al del antiguo Israel. En el nuevo pueblo de Dios se da el trasvase espontáneo de la palabra hablada a la escrita, asumiendo esta última la misma autoridad vinculante que la predicación oral<sup>8</sup>.

---

8 José María MONFORTE, *Conocer la Biblia*, Madrid: Rialp, 1997, p. 27-42.

Quizás la novedad que proporciona el Nuevo Testamento sea su cercanía a la verdad, como bien señala Salvador Antuñano. El análisis del texto de los Evangelios nos presenta un Jesús de Nazaret de carne y hueso, enmarcado en un tiempo muy preciso, Imperios de Augusto y de Tiberio, Gobierno de Poncio Pilato, reinados de Herodes el Grande y de Herodes Antipas: es decir, del año 4 a.C. al año 30 d.C. , en unos lugares también muy precisos, Galilea, Judea, Egipto, con ciudades y pueblos y accidentes geográficos reales. Ese personaje vivo realiza obras concretas que levantan reacciones en su pueblo. Se describe a sus compañeros, se menciona a sus parientes concretos, singularmente a su Madre, todo queda minuciosamente narrado y concuerda con el conocimiento histórico de esa época, de sus costumbres, tradiciones, leyes, e instituciones<sup>9</sup>.

Pero lo que afianzará la necesidad de preservar la veracidad dentro del cristianismo, será la dura prueba de tener que defender su fe ante los enemigos de fuera y los de dentro, con el hostil mundo pagano y con la herejía. Así surgió la apologética cristiana y la literatura antiherética. La apologética cristiana fue la obra de los «Apologistas», un grupo de escritores, casi todos de lengua griega, que asumieron la tarea de defender y vindicar el cristianismo ante el mundo gentil. Los principales autores cristianos del siglo II que escribieron contra los errores de los herejes, exponían la doctrina de la Iglesia sobre las verdades fundamentales de la fe. Pero estos acontecimientos sirvieron para preparar una serie de intelectuales cristianos que escribirían de teología dogmática, y también de obras de carácter científico<sup>10</sup>. De este modo, entre los Padres de la Iglesia de Occidente surgiría San Jerónimo (342–420). Dálmata de origen e historiador por vocación, que escribió las *Crónicas*, y biógrafo los *Varones ilustres*. San Jerónimo fue, por encima de todo, el gran traductor y comentarista de la Escritura. Poseía una inmensa erudición y conocimientos lingüísticos que resultan asombrosos para aquellos tiempos: dominaba a la perfección latín, griego y hebreo, y en menor grado las lenguas caldea y aramea. San Jerónimo realizó la traducción de numerosos libros de la Biblia, directamente del hebreo o el arameo al latín, traducción que dio lugar al texto que se conoce con el nombre de la *Vulgata*<sup>11</sup>.

Pero quien marcará su nombre con mayúsculas será un discípulo de San Ambrosio, arzobispo de Milán, San Agustín (354-430). El norteafricano es un hombre de su tiempo, que nos describe su vida a través de *Confesiones*, pero que se interroga con avidez por los acontecimientos que se suceden en su presente, y que muestran la desaparición de un Imperio Romano en deca-

9 Salvador ANTUÑANO, “¿Se puede pretender conocer a Cristo con seguridad?”, en Sara de JESÚS y Sonia GONZÁLEZ (eds.), *Cristo ¿La Gran Verdad o sólo mentira?*, Madrid: Voz de Papel, 2005, p. 75-102.

10 José ORLANDIS, *Historia de la Iglesia I*, Madrid: Palabra, 2003, p. 91-106.

11 *Ibidem*, p. 161-175.

dencia. Su concepción histórica se encuentra marcada por la dualidad entre el bien y el mal. La caída de Roma ante Alarico en el 410, y la posibilidad de desaparición de una civilización le hace escribir *La ciudad de Dios*, en ella marca la diferencia existente entre la ciudad divina y la ciudad terrenal, subrayando que los cristianos debían preocuparse de transmitir la primera, y subrayando una de las principales características de occidente, la separación del poder civil y el espiritual<sup>12</sup>. Los cristianos nunca pretendieron nada contra el Imperio, pero no podían aceptar la divinización de la figura del emperador, razón por la cual eran perseguidos<sup>13</sup>. Una vez más, que se repite en el presente, el Cristianismo es puesto a prueba por la defensa absoluta de la dignidad de la persona.

El portugués Paulo Orosio (343-420) será uno de los últimos historiadores clásicos cristianos, con su magna obra *Historiae Adversus Paganos*, describe una historia universal desde los orígenes hasta su presente, donde las civilizaciones se van sucediendo de forma lineal, pero con la novedad de que da su protagonismo a los pueblos vencidos, al contrario de la visión romana, siempre triunfalista. Sin embargo, su narración conduce finalmente a la salvación, porque es Dios quien gobierna la historia<sup>14</sup>. En este periodo de transición quien dejará su marca será San Benito, Patrono de Europa, quien con su regla monástica conciliará el trabajo manual con la labor intelectual, incluso la forma de elección del Abad pondrá las bases de los sistemas de gobierno representativos. Incluso uno de los aspectos importantes a tener en cuenta para el futuro desarrollo de occidente, y por tanto de la concepción de la historia como ciencia, será la apropiación de la idea de técnica como progreso bueno para el hombre. San Benito influirá para que la Iglesia defienda la técnica como buena<sup>15</sup>. Y entonces vendrá la transformación de Europa. A partir del siglo XI Europa empieza a crecer en población, en riqueza, en medios y, poco a poco, cuando llegue el siglo XIII y el XIV se habrá colocado a la cabeza del mundo.

Entre los siglos VI y XII, se produce la evangelización a muchos pueblos que van a definir lo que es Europa, son los monjes quienes sobresalen en las labores misioneras y en la configuración cristiana en lo moral, en lo social y en lo cultural. Por esta causa, Juan Pablo II, originario de uno de aquellos pueblos sin romanizar, pero cristianizados en el primer milenio, subraya el peso del cristianismo en la concepción de la historia, especialmente europea:

---

12 San Agustín, *La Ciudad de Dios*; Vida de San Agustín, Madrid: BAC Selecciones, 2009.

13 Antonio FONTÁN, *La revolución de Constantino*, Madrid: Nueva Revista 1989.

14 José Miguel ALONSO NÚÑEZ, "La metodología histórica en Paulo Orosio" en *Helmántica*, nº 136-138, 1994, p. 373-379.

15 Mariano ARTIGAS, *Ciencia, razón y Fe*, Pamplona: EUNSA, 2004; y Francisco SOLER con Martín LÓPEZ CORREDOIRA, *¿Dios o la materia?*, Madrid: Áletra, 2008.



“Simplemente porque, tal vez, la evangelización estaba creando a Europa, dio inicio a la civilización y a la cultura de sus pueblos. La propagación de la fe en el continente ha propiciado la creación de las diversas naciones europeas, sembrando en ellas los gérmenes de culturas con rasgos diferentes, pero unidas entre sí por un patrimonio común de valores arraigados en el Evangelio”<sup>16</sup>.

Ese sello cristiano, será criticado en el siglo XVIII por el racionalista Edgard Gibbon, a través de su obra *Decline and Fall of the Roman Empire*. Aunque dos siglos después, Christopher Dawson defenderá que la cultura europea se asienta en cuatro elementos fundamentales fusionados hacia el siglo VI: la tradición científica de la Grecia clásica, el genio político unificador de Roma, la religión cristiana y el impulso radical de los pueblos bárbaros<sup>17</sup>. Cuatro elementos están íntimamente unidos y compenetrados entre sí, pero el más fundamental, el que da unidad y sentido pleno a los otros tres, es el cristianismo. De este periodo, no sin razón, dijo Gilbert K. Chesterton que

“la historia útil y provechosa de la Inglaterra anglosajona se reduce a la historia de sus monasterios. Éstos, palmo a palmo, y casi hombre a hombre, difundían las enseñanzas y enriquecían la tierra”<sup>18</sup>.

En este protagonismo de los monasterios, cuya red territorial funciona como una red neuronal del conocimiento, algunos de sus habitantes influirán de forma particular en el esbozo de la concepción de la historia, como Joaquín de Fiore (1135-1202), monje cisterciense de profunda visión mística que le llevará a concebir la historia en tres periodos, influido por la Trinidad, la edad del Padre, la del Hijo, y la del Espíritu Santo, según ello podría determinar los acontecimientos del futuro, al repetirse en cada etapa los acontecimientos de la anterior, llegando finalmente a una era especial marcada por su espiritualismo, que sería como un monasterio universal para la humanidad. Este modo de concebir la historia, eliminando la visión sobrenatural que poseía el monje sería la utilizada posteriormente por Karl Marx y August Comte<sup>19</sup>.

16 Juan Pablo II, *Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, p. 116–117.

17 Christopher DAWSON, *Los orígenes de Europa*, Madrid: Rialp, 1991, p. 11 y 14.

18 Gubert Keith CHESTERTON, *Pequeña historia de Inglaterra*, Barcelona: Acantilado, 2005, p. 69.

19 Para un mayor conocimiento de este interesante autor en Josep Ignaci SARANYANA, *Tomás de Aquino y Joaquín de Fiore. Historia doctrinal de una polémica*, Pamplona: EUNSA, 1979. Y más recientemente Gian Luca POTESTÁ, *El tiempo del Apocalipsis. Vida de Joaquín de Fiore*, Madrid: Trotta, 2010.



Pero el monje cuya influencia abarcará siglos hasta el presente será Santo Tomás de Aquino (1225-1274). El monje dominico que introdujo el pensamiento aristotélico en el Cristianismo, introduce también a la historia en el pensamiento filosófico, al racionalizar cada concepto creando un sistema interrelacionado. Santo Tomás obtiene el conocimiento del pasado con los datos del pasado, tengamos en cuenta que la mayoría de los griegos y romanos son testigos vivos de sus momentos presentes. El pensador dominico remarca la historia lineal de la historia al plantear a Dios, no como un ordenador del mundo, sino como el Dios creador, que marca la existencia de la humanidad en un orden, establecido por él, que es quien le da la razón última de su existencia. Como escribirá en la Suma Teológica, I, cuestión 6, art. 2:

“Dios es absolutamente el sumo bien, y no sólo en algún género o en algún orden de cosas. Así, pues, y como ya se ha dicho (a.1), se atribuye a Dios el bien en cuanto todas las perfecciones deseadas dimanen de él como primera causa. No es que dimanen de El como de un agente unívoco, como quedó demostrado (q.4 a.3), sino como de un agente que no se corresponde con los efectos ni por razón de la especie ni por razón del género. La semejanza del efecto se encuentra en la causa unívoca uniformemente; en cambio, en la causa equívoca se encuentra de forma más sublime, como el calor se encuentra de forma más sublime en el sol que en el fuego. Así, pues, como quiera que el bien está en Dios como la primera causa no unívoca, es necesario que el bien esté en El de modo más sublime. Y por esto se le llama sumo bien”.

La vida en la Edad media será como describe Huizinga en su célebre obra:

“El hombre medieval piensa dentro de la vida diaria en las mismas formas que dentro de su teología. La base es en una y otra esfera el idealismo arquitectónico que la Escolástica llama realismo: la necesidad de aislar cada conocimiento y de prestarle como entidad especial una forma propia, de conectarle con otros en asociaciones jerárquicas y de levantar con éstas templos y catedrales, como un niño que juega al arquitecto con pequeñas piezas de madera”<sup>20</sup>.

---

20 Johan HUIZINGA, *El otoño de la Edad media*, Madrid: Torre de Goyanes, 2006, p. 356.

Pero la amplia Edad media evoluciona, en el siglo XI, Europa inicia una fase de fuerte desarrollo económico, y en consecuencia, demográfico, que va poniendo los cimientos de lo que será la Europa del Renacimiento. El aumento del comercio internacional, la expansión hacia el este alemán, la presencia en Sicilia y en Tierra Santa y el incremento de la roturación de los campos producen el renacimiento de los centros urbanos. En los centros urbanos, el comercio produce nuevos sectores sociales, que tienden a emanciparse de los señores laicos y eclesiásticos. Además, estos núcleos sociales, son más abiertos por el comercio y la competencia, que propicia el sentido crítico. La burguesía naciente, por la necesidad de llevar la contabilidad, aprende, aunque sea en lengua romance, a leer y escribir. En este momento, el nuevo grupo social, muestra unas cualidades cultas y un interés por las ideas, que le llevará también a ser protagonista en las nuevas disputas teológicas. La mayor complejidad de la vida urbana, demanda notarios y juristas que ayuden a validar los documentos de las propiedades y las diferentes transacciones comerciales que se realizan. Incluso, los gobiernos de las ciudades necesitan para su mejor manejo, escribientes y funcionarios que ayuden al gobierno de la ciudad. La sociedad, en definitiva, se va haciendo más compleja y especializada. Una sociedad que demandará un instrumento formativo de aquellas nuevas élites.

Las universidades se convirtieron en centros del saber, motores de la economía de la ciudad y depositarios de la cultura. El estudio de miles de estudiantes demandó la fundación de bibliotecas universitarias. La copia de las *pecias* (lecciones del profesor escritas en cuatro pergaminos de piel de ternero) solicitaba una cantidad increíble de escribientes con sus talleres de copistas. Siguiendo este modelo, aparte de París (Teología) y Bolonia (jurisprudencia), surgirían de la conversión de las antiguas escuelas Oxford (1200), Cambridge (1209), Montpellier (1220), Tolosa (1217), Padua (1222), Orleáns (1229), Salerno (1231), Palencia (1208), Salamanca (1220), Nápoles (1224), Roma (1244), Siena (1247), Plasencia (1248), Perugia (1308), Lisboa (1290), Coimbra (1308), Praga (1348), Cracovia (1364), Viena (1365), Heidelberg (1386), Colonia (1388), Tübingen y Erfurt (1392), Leipzig (1409), Wittenberg (1502), Lovaina (1425), etc. El avance mercantil y el interés por la cultura permitió a Juan Gutenberg inventar la imprenta en Maguncia, en 1454. Además, las lenguas vernáculas alcanzan su mayoría de edad. Desde Dante Alighieri, pasando por Francesco Petrarca, hasta Boccaccio, se desarrolla el toscano. Pero en 1321 se confirma el polaco en Cracovia, el inglés es oficial en 1366 y el español ya era oficial en los distintos reinos hispánicos<sup>21</sup>.

21 Manuel RIU, *Lecciones de Historia Medieval*, Barcelona: Teide, 1986, p. 394.

## LA EDAD DEL HOMBRE

El mundo cambia, es la llegada del Renacimiento con una diferente concepción de la realidad. Tetrarca (1304-1374) critica el pensamiento escolástico que domina la cultura filosófica de su tiempo. Es notoria su aversión para el integralismo aristotélico de los filósofos de la Universidad de Padua acerca de la primacía de las verdades racionales y virtudes naturales, a la cual él oponía la doctrina auténticamente tradicional y humanista de la razón iluminada y guiada por la fe. Para el poeta, erudito admirador de Antigüedad clásica latina y griega, la cultura de las universidades de su tiempo tiene una limitación en el logicismo exagerado de la filosofía escolástica, alimentada por un pensamiento aristotélico asociado a unas traducciones latinas que inducían a sospechar una deformación semántica del sentido original del filósofo griego.

En polémica con el interés cientificista y naturalista del aristotelismo, él sostiene que el objetivo central de la reflexión humana debe abarcar la realidad existencial y la problemática espiritual del hombre mismo, su praxis moral y su sentido religioso. Y aquí radica el humanismo de Francesco Petrarca, quien reivindica el magisterio de Platón con el apoyo de la *sapientia agustiniana* por la cual las enseñanzas de cultura clásica pagana sobre el hombre y la vida se integran en la suprema novedad del cristianismo, reconstituyendo así el ideario unitario del saber, fracturado anteriormente por el aristotelismo, especialmente por la teología escolástica que se había apartado del contacto directo con las Escrituras y la Patrística. Por eso el humanista Petrarca se suma a quien formula la exigencia de un retorno al magisterio de los Padres de Iglesia universal y de las sagradas Escrituras. El agustino Petrarca acepta el platonismo por su mayor cercanía a la suprema verdad del cristianismo, considerando el platonismo como una preparación a Cristo, y en el mismo sentido con el cual los obispos alejandrinos y los demás teólogos de la patrística aceptaban el patrimonio cultural de la antigüedad griego-cristiana.

La clara opción filosófica de Petrarca entonces desarma la tesis de quienes sostienen que su modernidad consistiría en un alejamiento de la Edad Media para aproximarse a una visión laica, urbana e civil, símil a aquella que expresará el humanismo renacentista florentino del siglo XV, cuando distintos intelectuales de entonces pondrán su saber a disposición de la aristocracia económica en el poder porque propiciaba, con la forma republicana de gobierno, la dignidad del hombre y el desarrollo de la cultura<sup>22</sup>.

En esta última postura estaría Nicolás Maquiavelo (1469-1527). El escritor florentino descubre el valor del hombre, vuelve a apreciar lo clásico, y como los antiguos romanos, siguiendo el ejemplo de un Plutarco redescubierto, surge

---

22 Primo SIENA, *La espada de Perseo*, Santiago de Chile: Ed. Univ. Gabriela Mistral, 2007.

el interés por los personajes, iniciándose el trabajo por las biografías. La nueva concepción de la historia se inicia y acaba con el hombre, que es el objeto de estudio de la historia. Maquiavelo, como otros antes que él, intenta descubrir las leyes del acontecer histórico. En su renombrada obra *El Príncipe* defiende que el gobernante se siente obligado por su función a garantizar la seguridad y el bienestar del ciudadano de la República, y para ello debe utilizar todo tipo de medios, incluso aquellos que no sean morales<sup>23</sup>. La aplicación de soluciones “reales” a problemas “reales”, que se repiten por la naturaleza del hombre, como lo que les ocurría a los griegos, léase la Guerra del Peloponeso de Tucídides, les pasa a los italianos del renacimiento, lo que le hace a Maquiavelo vislumbrar las posibles leyes inmutables que rigen la historia del hombre. No obstante, en contra de su pragmatismo surgirá Tomás Moro (1478-1535), quien con su obra *Utopía* describirá una sociedad idealizada de base comunitaria, y muy parecida a la que encontraron los españoles en América, aún más bien a las que construyeron los jesuitas en sus reducciones del Paraguay.

El descubrimiento de América fue el gran hecho histórico que demostró la universalidad del mundo, preanunciado por los viajes de los portugueses por las costas africanas. El 12 de octubre de 1492 trazó la línea entre la Edad Media, durante la cual Europa fue una entidad política basada en un sistema de rígidos principios, y los tiempos modernos, en que Estados independientes e iguales competían los unos con los otros. España, la potencia que había descubierto el Nuevo Mundo, era en el siglo XVI el centro intelectual de Europa. Estaba entonces en pleno auge el Renacimiento, poseía un dilatado imperio por descubrimiento y su adquisición le había sido confirmada por una Bula del Papa Alejandro VI.

La novedosa visión que produjo el descubrimiento fue plasmada por el dominico Francisco de Vitoria (1480-1546), fundador del derecho internacional. Los procedimientos arbitrarios que España estaba empezando a llevar en América, causaron voces contestatarias de hermanos de su orden; como Antonio de Montesinos, en 1511 y el más famoso Bartolomé de las Casas, en 1520; que llevaron a Francisco de Vitoria a abandonar los viejos métodos teóricos escolásticos para transmitir en sus clases a la juventud los derechos y deberes de los nativos respecto de los visitantes extranjeros y los de España para con los nativos americanos. Los pueblos organizados como países independientes no constituyen algo separado de los demás, sino unido a estos por los vínculos de un común origen, de análogas necesidades y limitaciones. Para la superación de los males todos deben colaborar en una obra armónica; es en suma, una comunidad internacional lo que forma el conjunto de las sociedades políticas que, según el pensamiento de la escuela española, debían

---

23 Nicolás MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Madrid: Torre de Goyanes, 1998.

vivir en situación de interdependencia. De nuevo se recuperaba una visión universal de la historia.

Al mismo tiempo, los hechos colosales de la conquista de un continente no podían quedar en el olvido, y aquellos militares, escribanos y frailes que acompañaron las expediciones, se transformaron en cronistas de los acontecimientos que les había tocado vivir. De forma muy parecida a la de los griegos, los cronistas españoles describieron desde su óptica no sólo los hechos que se desarrollaron, el presente común al autor; sino también las sociedades precolumbinas y sus características etnoculturales de un pasado muy remoto que no habían conocido, hasta llegar a la época del Descubrimiento. Uno de los aspectos principales a tener en cuenta es la segunda generación de cronistas, hijos de los conquistadores con madres indias, y que describen el mundo de sus padres y abuelos con gran realidad. Son hombres que vuelven a dar importancia a la historia presente, ya que relatan para la posteridad aquello que les acontece en el momento de sus vidas, pero especialmente también el pasado cercano, por el conocimiento de las lenguas autóctonas y el testimonio de los últimos testigos de un mundo arcano en extinción. Cieza de León, Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Alonso de Ercilla, López de Gómara, Antonio de Herrera, Gonzalo Fernández de Oviedo; fray Antonio de la Calancha, fray Pedro de Aguado, fray Diego de Landa; Fray Bernardino de Sahagún, Hernando Alvarado, Garcilaso de la Vega “el inca”, Poma de Ayala, Fernando de Alva, Lucas Fernández de Piedrahita y otros muchos escribirán aquellas hazañas como una nueva época clásica.

Pero de la hegemonía española ira evolucionando a la francesa, y Rene Descartes (1596-1650) será el considerado introductor de la ciencia moderna, al dar especial importancia a la razón y la experiencia. Descartes siente un ansia infinita de alcanzar lo cierto, lo absolutamente indiscutible. Le encantan las matemáticas, por qué las matemáticas no fallan, e intenta encontrar una solución matemática para el resto de las ciencias. En el *Discurso del Método*, introduce el papel del yo como suprema instancia, la correspondencia entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, y el uso de la razón como supremo árbitro, esta concepción será capital hasta el siglo XX<sup>24</sup>. Desde ese planteamiento, como el pasado puede ser erróneo, el estudio de la historia sería una inutilidad al no poder ser traducido como un conocimiento científico. Sin embargo, pensadores como John Locke (1632-1704), padres de la visión liberal de nuestro tiempo, interpretaban a la historia con un carácter pedagógico, había que estudiarla no por conocer hechos pasados, sino como recurso para mejorar el conocimiento del presente. En este aspecto, la racionalización imperante en el siglo XVII obligará a los estudiosos de la historia a ser más

---

24 José Luis COMELLAS, *La ciencia moderna*, Madrid: Rialp, 2007, p. 87-129.

veraces contrastando las fuentes documentales, purgando aquellos elementos que pudiesen enrarecer la veracidad de los hechos. En este sentido destacarán el francés Lenain de Tillemont (1637-1698) con su *Historia de los emperadores romanos* y el español Gregorio Mayans (1699-1781) con sus labores de purga en la academia valenciana.

Los éxitos de los descubrimientos en las ciencias naturales marcan una fuerte influencia en el proceso histórico. El registro de la descripción de los hechos en un papel, su capacidad de respetabilidad, y por tanto de predecibilidad de posibles resultados, irá convirtiendo la historia en una ciencia empírica. Línea de evolución que tendrá que simultanearse con la bella narrativa literaria que surgirá con dolores de parto en las tormentas de la revolución francesa.

Avanzado el siglo XVIII, el denominado “siglo de las luces”, Francia se convierte en el centro cultural de las naciones, a través de libros, revistas, ensayos, poesía, teatro y ópera. Los franceses del siglo XVIII y de la Revolución tuvieron una conciencia mesiánica. Se consideraron con vocación redentora de sacar a todos los pueblos de la obscuridad traída por la religión, para reconducirlos a una tierra idílica regida por la razón. La razón sustituía a Dios, y la humanidad a la Iglesia. Voltaire (1694-1778) es quien mejor personifica ese espíritu ilustrado, moderno que mira hacia el futuro y desprecia el pasado más inmediato. En su obra *El siglo de Luis XIV*, había exaltado la cultura francesa, que hace comenzar a mediados del siglo XVII y que prolonga hasta la *Enciclopedia* incluida. En esa cultura racionalista, el hombre toma protagonismo, es quien crea para su necesidad vital a Dios, y es la razón lógica el motor de la evolución, por lo que el hombre no puede considerarse libre, hasta no haberse librado de las coacciones de los dogmas de la religión. Voltaire marca un terreno que no es propiamente hacer historia, sino filosofía de la historia.

Para allanar el terreno, los grandes defensores del orden católico eran los jesuitas. Por eso la expulsión de los jesuitas primero de Portugal, después de Francia, luego de España, y sucesivamente de los Estados italianos, y la supresión final de toda la Orden, en 1773, fue el golpe más certero dado contra el cristianismo ya que los jesuitas eran los educadores de una gran parte de la juventud europea, de las élites de Europa, y avanzada misional en América y en Asia. La visión universal ya no era sólo europea, los ilustrados franceses habían incorporado estudios sobre países de oriente, y su victoria sobre la Iglesia debía ser universal.

Aunque el napolitano Juan Bautista Vico (1668–1744), en sus *Principios de una ciencia nueva en torno a la común naturaleza de las naciones*, admitía la acción de la Providencia divina:

“una nueva arte crítica que hasta ahora ha faltado entrando en la investigación sobre la verdad acerca de los creado-

res de las mismas naciones (...) aquí la Filosofía examina la Filología (o sea, la doctrina de todas las cosas que dependen del arbitrio humano, como son todas las historias de las lenguas, de las costumbres, y de los hechos así de la paz como de la guerra de los pueblos), esa Filosofía que (...) ha tenido horror a buscar las razones, pero que puede reducir la Filología en forma de ciencia, descubriendo el proyecto de una Historia ideal eterna, sobre la cual corren en el tiempo las historias de todas las naciones. Así, esta ciencia viene a ser una Filosofía de la autoridad”<sup>25</sup>.

Quizás por eso, Herder llegará a decir “Vivimos en un mundo que nosotros mismos hemos creado”.

Pero sobre el aspecto de dar leyes universales, con el mayor conocimiento de otras regiones del mundo tan dispares. El barón de Montesquieu (1689–1755) que ya en 1721 había publicado en sus *Cartas persas*, una crítica cruel contra la cultura europea, llegaba a la conclusión de que no se podían dar leyes universales, porque el legislador tenía que contar con la realidad física de un país, el clima, el terreno, el género de vida, la religión de los habitantes, sus riquezas, sus costumbres, su comercio, etc. Aunque el conjunto de tales circunstancias tuviese que estar dominado por la razón. Ello le llevó a conceder importancia a la educación, a que todos los hombres eran iguales, y que las instituciones eran hijas del modo de pensar del hombre. Como ejemplo, utilizó la historia de Roma, que tanto admiraba, como a su vez detestaba la de la Edad media. En *Ideas acerca de la grandeza y decadencia de los romanos*, verifica lo citado<sup>26</sup>.

La visión más radical donde se proclame al hombre libre, sin las cadenas de la religión y del estado absolutista será la derivada de *El Contrato social* de Rousseau (1712-1778). La visión de la necesidad de hacer tabla rasa y construir una sociedad de nuevo, conforme a la visión idílica que se tenía del origen del hombre, bueno por naturaleza, y que posteriormente se intentará ver en las sociedades indígenas no europeas. Sin embargo, también sería rebatido por el famoso fisiócrata Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781) quien además de su obras economicistas también dispuso de un *Discurso sobre las ventajas que el establecimiento del cristianismo ha procurado al género humano*, donde da la religión cristiana un papel preponderante en el progreso de la Humanidad.

Como consecuencia del aquel proceso de cambio, el concepto de Modernidad, que hemos heredado desde la Ilustración. Una mentalidad que tiene como uno de sus elementos constitutivos una interpretación de la Historia

<sup>25</sup> Gian Batista VICO, *La Scienza nuova seconda*, Bari, 1942, p. 9.

<sup>26</sup> Carlos VALVERDE, *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, Madrid: BAC, 2003, p. 185-238.



justificativa de cómo hemos llegado al mundo actual, partiendo de los presupuestos ideológicos del mismo, en un afán por juzgar y explicar el pasado filosófica y racionalmente<sup>27</sup>. Esto es básicamente la interpretación positivista de la historia en sus diferentes manifestaciones, que responde a dos criterios fundamentales: el evolucionismo determinista y la idea de progreso. En cuanto a la nueva moral, la ética ilustrada será fundamentalmente la moral kantiana, una ética de intenciones autónoma y fundada en la razón, tal como el filósofo prusiano la expresa en sus obras *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785), *Crítica de la razón práctica* (1788) y *Metafísica de las costumbres* (1797). En cuanto al mundo que desaparecía con rapidez, el término “Antiguo Régimen” será una expresión surgida con posterioridad al proceso revolucionario que provocó su fin. Su difusión se generalizó a partir de la obra de Alexis de Tocqueville *El Antiguo Régimen y la Revolución*, publicada en 1856. Quien a diferencia de Voltaire y Herder busca en causas naturales *el espíritu de la nación*, y no en las brumas de las leyendas. Por esta razón, el nacimiento de los Estados Unidos le es tan importante al noble francés, porque puede seguir su desarrollo vital histórico desde su mismo nacimiento, estudiando su geografía, sus gentes, e iniciando a la historia en las “artes” de la sociología<sup>28</sup>.

## LA EDAD DE LA NACIÓN

Es una nueva época la que nace, o más bien, se intenta recrear una visión de un pasado remoto. Robespierre, el hombre perfecto, quiere reconstruir el presente, succionando del pasado de la muerta Roma, su razón de ser, y poder hacer de Francia una Roma retornada al siglo XVIII. La posibilidad de que un gran hombre, como en el caso de Robespierre, pudiese “corregir” la *derrota* de la historia, traerá en el futuro muchos intentos de “corregir” la historia en beneficio de una nación.

Entretanto, el historicismo pone su sello, como se le denominó a la corriente que concibió la historia, desde la revolución francesa como un encadenamiento sucesivo de hechos históricos marcados por un gran personaje. El francés Jules Michelet (1798-1874) iniciará su principal obra monumental, *Histoire de France*, que tardó treinta años en completar, con una visión muy documentada, pero absolutamente interpretativa con unos objetivos claros a favor de la difusión de los valores republicanos como sustitutos de los procedentes del cristianismo. La revolución era el gran hecho histórico que marcaba un antes y un después, no sólo de la historia de Francia, sino de la propia hu-

<sup>27</sup> Luis SUÁREZ, *op. cit.*, p. 123.

<sup>28</sup> George LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona: Martínez Roca, 1974, p. 220.

manidad. Michelet, como digno hijo del romanticismo, incluirá el subjetivismo interpretativo de forma apasionada para que de una forma muy atrayente las jóvenes generaciones entroncasen con su historia, y se enamorasen de ella, aunque subrayando al cristianismo como uno de los elementos contrarios al progreso de la humanidad.

Pero quien pueda servir mejor de modelo a este enfoque apasionado del historicismo, será Ernest Renan (1823-1892). Su discurso en 1882 titulado *¿Qué es una Nación?*, dibuja una idea distinta acerca del concepto de nación a la que otros venían llevando, alejándose de las características físicas comunes como lengua, raza o geografía. Su idea de nación va a tratarse más de una *creencia*, de la forma en que un grupo de personas forma su identidad y se distingue del resto por haber vivido una historia común<sup>29</sup>. Del mismo modo, en su *Orígenes del cristianismo*, el vol. I denominado *Vida de Jesús*, se dejará llevar de su republicanismo para reducir el cristianismo a una versión más de religión oriental, aunque la novedad proviene de ser uno de los primeros en estudiar a Cristo como personaje histórico, aunque sea desde un punto de vista crítico.

Como se puede apreciar, la denominada historia tradicional, ha contado lo más relevante de las élites dirigentes, como reyes, jefes de estado, generales o protagonistas de procesos revolucionarios. Otro ejemplo de historiador de este periodo será el británico Thomas Carlyle (1795-1881), quien desarrollará que la historia la mueven sus héroes, y que dejó como muestra de sus obras sus *Cartas y discursos de Oliver Cromwell* e *Historia de Federico II de Prusia*. Esta interpretación de la historia se culminará en el siglo XIX con la formación de los modernos estados nacionales, especialmente los recientemente unificados, que como Alemania, verá una historia fuertemente marcada por la obra de L. von Ranke, Droysen, Trietschke y Meineke<sup>30</sup>. Estos intelectuales prusianos convertirán a la nación en el sujeto de la historia, y el estado será emanación del espíritu del pueblo, cuyos líderes, sean reyes o jefes políticos, se convertirán en fieles servidores del Estado como hacedores de la misión histórica que debe realizar su pueblo. El principal objetivo de aquella manera de concebir la historia era el afán pedagógico de instruir a la ciudadanía de su pertenencia a una comunidad nacional, determinada por un espíritu nacional marcado por las heroicidades de los héroes del pasado. La historia debía ser maestra del ciudadano nacional.

Esta época nacionalista de la historia representa la primera fase de la historia universal, que precede a la de las civilizaciones previas. Desde el siglo XVIII, pero principalmente los siglos XIX y XX, la intensificación de las comunicaciones favorecerá la resonancia global de hechos como la revolución francesa, las campañas napoleónicas o la unificación alemana. Las nacionalidades son el

29 Joan BESTARD, *Parentesco y modernidad*, Barcelona: Paídos, 1998, p. 29.

30 Hans KOHN, *Historia del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 482.

resultado de la evolución histórica de la comunidad, su condición es *líquida*, y como tal absorbe y se transforma, no manteniendo una raíz etnográfica permanente. Es en nuestra época contemporánea cuando el hombre aprecia la nacionalidad como algo clave en su actividad social. Esta elevación del nacionalismo a lo absoluto, se convertirá en una religión de sustitución en las amplias áreas secularizadas de Europa occidental. La sangre y la raza serán la base de la nacionalidad, portadores eternos de la herencia, del *volkgeist* de su nacionalidad. Sin embargo, esta interpretación se alejará de la veracidad histórica, a favor de la explicación de pseudorealidades procedentes de un origen mítico<sup>31</sup>.

El nacionalismo alemán había surgido con un fuerte carácter emotivo y reivindicaba el establecimiento de una comunidad natural, el *volk*, que se contradecía con el concepto legal y racional de ciudadanía imperante durante el orden liberal del siglo XIX<sup>32</sup>. Las distintas corrientes nacionalistas que iban a surgir en la convulsa república de Weimar tendrán como objetivo recrear la *volkgemeinschaft*, una comunidad que sea espiritual, cultural y de sangre. Una comunidad que se proyectaba como el producto más elaborado por el romanticismo decimonónico. Las grandes diferencias entre las relaciones sociales naturales de la comunidad y las artificiales surgidas del mundo industrial urbano serían divulgadas por el pionero de la Sociología Ferdinand Tönnies en su obra *Gemeinschaft und Gesellschaft*<sup>33</sup>.

No obstante, el excesivo nacionalismo obligará a buscar una visión más global y universal. El filósofo Nietzsche nos lo adelanta: “Ser un buen alemán quiere decir desalemanizarse. Las diferencias nacionales consisten, mucho más de lo que se ha observado hasta ahora, en diferencias en cuanto a la etapa de cultura, y sólo en mínimo grado hay algo permanente. Por esta razón, todos los argumentos basados en el carácter nacional le dicen tan poco a quien trabaja en el cambio de las convicciones, es decir, en la cultura. Si tomamos en cuenta, por ejemplo, todo lo que ya ha sido alemán, mejoraremos la pregunta teórica: ¿qué es lo alemán?, con esta otra: ¿qué es lo ahora lo alemán?; y todo buen alemán le contestará prácticamente, superando sus características alemanas. Pues cuando una nación avanza y crece, por fuerza tiene que romper el cinturón que hasta entonces le dio prestancia nacional. Si permanece estacionaria o empieza a decaer, un nuevo cinturón apretará su alma; y al endurecerse cada vez más, el caparazón irá formando una prisión cuyos muros serán cada vez más altos. Si un pueblo tiene mucho de firme, ello es prueba, de que va a petrificarse, y hasta podrá convertirse en monumento como le sucedió, a partir de cierto momento, a todo lo egipcio. Por eso, todo el que quiera bien a los alemanes, por

31 Hans KOHN, *Historia del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 24-29.

32 *Ibidem*, p. 280.

33 Ferdinand TÖNNIES, *Comunidad y sociedad*, Barcelona: Península, 1979.

su parte deberá considerar la manera de desembararse cada vez más de todo lo que es alemán. La inclinación hacia lo no alemán ha sido siempre, por eso, característica de la gente alemana más valiosa”<sup>34</sup>

## LA HISTORIA CIENTÍFICA Y LA ESCUELA DE LOS ANNALES

Sin embargo, si el siglo XIX es romántico, como hemos visto, también apuesta por una visión realista del mundo. August Comte (1798-1857) planteará la filosofía positivista, y su influencia en la historia querrá eliminar su subjetivismo y espíritu interpretativo, a favor de un nuevo concepto. El positivismo verá la historia como una física social, y se estudiará como tal. En ese caso, en una primera fase, observando los hechos históricos, y en una segunda etapa añadiendo las leyes de progreso que se han descubierto mediante la observación anterior. La subjetividad desaparecería, y la clave estaría en descubrir aquellas leyes que mueven a la sociedad en su progreso, de modo similar a cuando Darwin descubrió las leyes de la evolución en los animales.

Siguiendo ese empirismo histórico, Karl Marx y Frederich Engels propondrán una teoría para explicar la realidad histórica, con el nombre de materialismo histórico. Según el cual, la evolución histórica pasa por una serie de etapas definidas, y habría que descubrir cuales son. Como la historia la hacen los hombres, y estos se encuentran en permanente contradicción social, el cambio de la realidad social causaría una sociedad diferente, regida por distintas leyes.

“La Historia no hace nada, no posee grandes riquezas, no libra batallas! Es el Hombre, el hombre real y viviente el que hace todo eso. El que posee y lucha. No es la historia la que usa al hombre para lograr sus fines, como si fuera una persona aparte. La Historia no es más que el hombre persiguiendo sus fines”<sup>35</sup>.

De este, se podrían deducir las leyes de una sociedad, por el sistema de producción. El conflicto surgido por el desajuste de las relaciones sociales con el modo de producción será la lucha de clases, verdadero motor de la evolución histórica, y llevaría a la revolución final que desembocase en la dictadura del proletariado.

Sin embargo, será la escuela francesa quien sustituya la decimonónica historia política y narrativa, por una historia total, que abarque las dimensiones económica, social y pensamiento, como querían Marc Bloch (1886-1944) y

<sup>34</sup> Federico NIETZSCHE, *Humano, demasiado humano*, p. 159.

<sup>35</sup> Eduard Hallet CARR, *¿Qué es la historia?*, Barcelona: Ariel, 1981, p. 65.

Lucien Febvre (1878-1956) cuando fundaron la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale* en 1929, tarea continuada por Fernand Braudel (entre 1956 y 1968) con un enfoque más economicista, y que se culminará con Jacques Le Goff (entre 1969 y 1989). La derrota de Alemania, cuna de la historiografía positivista, en la segunda guerra mundial creó las condiciones necesarias para el triunfo internacional de la nueva historia francesa. Según Bloch la historia se transformaba en un conocimiento científico dirigido a explicar las sociedades humanas en el tiempo.

El nuevo paradigma historiográfico se planteaba de la siguiente forma:

- La aproximación de la historia a las ciencias sociales.
- La revisión a fondo de los supuestos historicistas.
- La concepción y la defensa de una historia científica, razonada, económica y social.

El cambio es profundo en el sentido de que cambia el sujeto de la historia, el hombre deja paso a la comunidad humana. El sujeto de la historia, con *Annales*, será social. Pero exige iniciar interrelaciones entre el mundo económico, el político, el social, el ideológico, el cultural, etc. La renovación de la historia se hace mediante una investigación empírica que se inicia con la historia local, y las sectoriales. Se fomenta el carácter más analítico, en detrimento del narrativo, imperante entonces. Se interpreta a nivel de procesos históricos, ampliando la perspectiva temporal en el análisis de hechos de diferentes periodos, abandonando la descripción ordenada cronológicamente de hechos independientes, pero sin interpretar. Se amplían los temas de estudios, gracias al apoyo de las ciencias auxiliares, eliminando la exclusividad histórica que habían tenido la política, diplomacia y la guerra. Pero los nuevos estudios exigen de igual manera nuevas técnicas de investigación procedentes de las ciencias sociales: de la sociología, economía, lingüística, etc. Esto marca el triunfo de la historia científica sobre la narrativa política, pero mientras Bloch se centrará en el marxismo, Febvre mostrará un eclecticismo enriquecedor.

Lucien Febvre, amplía el ámbito de estudio de la historia al ser humano, e incluye en sus trabajos un estudio del contexto social, económico, político, cultural y de las mentalidades de la época. Su trabajo *Felipe II y el Franco-Condado* se convertirá en modelo de investigación histórica. Pero mantiene el valor pedagógico de la historia. Aunque no por razones políticas de formar al ciudadano, sino para comprender el presente a través del pasado y el pasado a través del presente. Febvre fue uno de los primeros que planteó hipótesis inicial de trabajo y el uso de fuentes no solo documentales. Por su parte, para Marc Bloch, la historia es una ciencia de las sociedades humanas, que se ocupa del estudio de los cambios a las nuevas condiciones económicas, políticas, religiosas e intelectuales. Fue quien inició el estudio de amplios periodos de la historia, relacionarlo con el presente, pero principalmente, pro su formación marxista,

subrayó la importancia de la geografía humana y el estudio de los aspectos sociales. Su trabajo modelo fue con *Los reyes taumaturgos, donde plantea el trabajo regresivo, tomando como inicio el presente, y construyendo hacia atrás*.

Entre los principales colaboradores de la primera época, habría que citar a Henri Berr (1863-1954), filósofo francés que comenzó a conceder un lugar privilegiado al conocimiento histórico para una mejor comprensión del pasado y del presente. Para ello promovió la colaboración con la psicología, la antropología, la economía y la biología. De esta forma influyó en desarrollar una historia global, que tuviese en cuenta todos los aspectos que engloban al hombre en sociedad. El otro fue el belga Henri Pirenne (1862-1935), quien en su *Historia de Bélgica*, uso, la comparación con la historia paralela de los países vecinos, introduciendo los aspectos económicos

Después de la Segunda Guerra Mundial, vendrá el protagonismo de la segunda generación de *Annales*, en la cual destacará Fernand Braudel (1902-1985), quien reforzará los factores económicos y sociales, marginando los religiosos y culturales. Incorporará a la historia la novedad de estudiarla simultáneamente en tres periodos temporales. La duración larga, donde realiza la descripción geográfica, como parte de la historia estructural. La duración mediana, donde estudia los aspectos sociales y económicos, como parte de la historia coyuntural. Y la duración corta, donde sitúa los hechos políticos, como parte de la historia episódica. Su trabajo que se convirtió en modelo para historiadores, será *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

En los setenta y ochenta vendrá una tercera generación que iniciará, bajo el nombre de Nueva Historia, la perspectiva de la historia de las mentalidades, utilizando métodos de la antropología. La historia de las mentalidades reivindicaba los campos marginados por Braudel, como las creencias populares, la cosmovisión de una época o la sensibilidad cultural y habilidad técnica de las masas. Aquello plantea una ampliación de las fuentes de estudio hacia la literatura, el arte, la filosofía, la religión y la sociología, se han revalorizado otras como la prensa, la fotografía y las vinculadas a la antropología humana, como la cultura oral.

Sin embargo, su amplia extensión ha causado que casi no existan límites a sus distintas modalidades, según la ciencia a la que se asocie. Por ejemplo, Michel Foucault, en sus trabajos de genealogía de las mentalidades, utiliza la lingüística. La nueva evolución fomentó el trabajo conjunto con los antropólogos, y la vuelta al estudio de algunas historias, como la religión, las ideas o la cultura. No obstante, la pérdida del horizonte obligó en 1983, al propio Furet a publicar en *Le Débat* una editorial titulada “¿Dónde va la historia?”, en la que criticaba la multiplicidad temática de la historia de las mentalidades y sus escasos resultados. Después de la caída del comunismo y del 11-S, se busca un



punto intermedio donde se encuentre la interconexión de la cultura con su entorno socio-económico<sup>36</sup>.

Entretanto, en el nuevo continente surgían nuevas interpretaciones historiográficas. En los Estados Unidos nacía la *New Economic History* o Cliometría, donde destacarán economistas como Robert W. Fogel, Alfred H. Conrad, John R. Meyer y P. Temin, que se muestran favorables al análisis económico, y no a una mera descripción cuantitativa de la historia económica. Las características que mostrará serán:

- Fusión de la teoría económica neoclásica y la historia.
- Uso de conceptos marginalistas, que conciben la economía funcionalmente y estática, como una relación de equilibrios entre elementos.
- El carácter abstracto, el lenguaje algebraico y el uso de la estadística y la teoría de probabilidades.

Este método aplicará de forma exhaustiva el método cuantitativo, con la aplicación de modelos teóricos matemáticos. Donde las series estadísticas serán la forma de comprobación más explícita.

Pero esa visión puramente economicista será también la visión reduccionista estructuralista de los historiadores marxistas británicos, especialmente de Louis Althusser. Quien enfocará el modo de producción en la división en regiones estructuradas, como la económica, la política o la ideológica. Pero planteará una visión crítica que exigirá una revitalización teórica que desdogmatice y vuelva a contar con el análisis histórico de la realidad histórica. Quienes sigan estas ideas serán Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, E.P. Thompson y Georges Rudé, que en sus escritos contarán con una mayor importancia del contexto cultural antropológico.

Sin embargo, la caída del Muro de Berlín producirá varias consecuencias. Por un lado, la crisis de los proyectos políticos de orientación izquierdista, que fue obligando a muchos de sus antiguos defensores a plantear proyectos menos comprometidos. Por otro lado, fue un elemento más que ayudó a quitar importancia a la historia como instrumento de lucha cultural y transformación social. La visión economicista de la nueva realidad global, un país es bueno, si es un buen socio económico, es lo que determina actualmente las relaciones internacionales de un país. Las grandes empresas se guían con informes elaborados por economistas amantes de algunos aspectos de la antropología, pero

---

<sup>36</sup> Para una historia de la Escuela de *Annales*: Peter BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona: Gedisa, 1993; J. REVEL, *Las construcciones francesas del pasado*, México: FCE, 2001; M. MASTROGREGORI, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México: FCE, 1998; E. HOURCADE y Marc Bloc GIRÍ GODOY, *Una historia viva*, Buenos Aires: CEAL, 1992; F. DEVOTO, *Braudel y la renovación histórica*, Buenos Aires: CEAL, 1991; B. GEREMEK, "Marc Bloch, historiador y resistente", en *Annales*, año 41, n°5, 1986; P. RICOEUR, *Tiempo y narración*, I, Madrid: Cristiandad, 1987.



se dejan de lado las sesudas investigaciones de los expertos históricos en áreas determinadas. Francia (África y próximo oriente), España (América), Gran Bretaña (Asia) y Alemania (Europa del este y Balcánica).

No obstante, los cambios surgidos en algunos países, como la España de la transición, hace treinta y cinco años, promoverá temas nuevos en la investigación, como la recuperación de la historia política y de la biografía<sup>37</sup>. Necesaria para recuperar referentes democráticos históricos en los nuevos campos políticos que surgían en aquel momento. El estudio de los nacionalismos periféricos, llegando a nivel de historias locales, muy promovidas por el nuevo sistema descentralizado autonómico<sup>38</sup>. Los tratamientos de la vida cotidiana, los fenómenos provocados por el terrorismo, el exilio, la dimensión de la cultura como construcción simbólica, favorecerán la utilización de la historia oral como fuente, subjetiva, pero directa del periodo a estudiar. Sin embargo, los nuevos modelos metodológicos de la historia llegarán a España en la década de los ochenta, con un gran atraso, debido a la tensión política existente durante la transición.

La investigación en los ámbitos locales, los espacios micro, muy subvencionados por las administraciones locales ha supuesto la marginación de la historia económica y de la historia social en el sentido científico del término. Se puede decir que las investigaciones de ámbito local o regional, hechas con rigor metodológico, pueden convertirse en modelos aplicables a otros ámbitos más amplios. Pero se encuentran muy sujetos al control político de los poderes locales.

En ese aspecto es de destacar la contribución y resurrección de la visión global de recuperación del discurso de la historia nacional, utilizando el método de los tres niveles que desarrolló en su trabajo Fernand Braudel. Fernando García de Cortázar recuperó la Historia de España, estudiándola desde su origen hasta la actualidad, y evitando que la fase contemporánea quedase como un elemento autónomo sin comprensión, ni raíz con lo anterior. Desde su época del *Diccionario de historia del País Vasco*, pasó a obras como *Breve historia de España*, *Biografía de España*, *España, 1900. De 1898 a 1923*, *Breve historia de la cultura en España* e *Historia de España desde el Arte*. Sin olvidar el estudio de colectivos como fue *Los perdedores de la historia de España*

Pero si los excesos localistas han fomentado una recuperación de la historia nacional, como elemento necesario de vertebración social, también cobraba fuerza la historia social que se interesaba por la masa de la sociedad que quedaba al margen de los poderes. Los estudios sobre la pobreza y poblaciones

---

37 Javier PAREDES, *Félix Huarte, 1896-1971: Un luchador enamorado de Navarra*, Barcelona: Ariel, 1997; Luis SUÁREZ, *Franco*, Barcelona: Ariel, 2005; Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *José Calvo Sotelo*, Barcelona: Ariel, 2004.

38 Los estudios locales, no obstante, siguieron modelos como los que se habían planteado en *Annales*, como fue la tesis de P. GOUBERT, *Beauvais y el país de Beauvais de 1600 a 1730*.

marginales que antes eran monopolio de los historiadores eclesiásticos, han sido ahora pasto de los equipos provenientes de las llamadas ciencias humanas: sociología, psicología, etnología y antropología. El estudio de todo tipo de colectivo indígena, marginal o a punto de extinguir ha propiciado la llegada de las historias de género, o de grupos de edades. Los estudios sobre los colectivos jóvenes, y su relación con la violencia, posiciones contestatarias o de ruptura social, provienen de una deriva de esas investigaciones.

## LA UNIVERSALIDAD DE LA HISTORIA

Sin embargo, a pesar de la deriva española, habría que afirmar como Gonzalo Redondo:

“No hay más historia que la historia universal. Historia universal en el tiempo e historia universal en el espacio. La comprensión de la historia precisa la comprensión de la totalidad. La comprensión de aspectos parciales de la historia, la historia de países o épocas determinadas, la historia de grupos sociales o de particulares actividades humanas, sólo puede hacerse recta y verazmente en relación con el estudio y conocimiento de la totalidad histórica”<sup>39</sup>.

Aunque resulte comprensible la voluntad de autodefensa que se levanta por doquier ante la tendencia a la globalización, ante el peligro de uniformización, ante la despersonalización. La mundialización de los circuitos económicos y de los valores hace impracticable toda solución basada en la creación de fronteras étnicas, nacionales o religiosas<sup>40</sup>. La aparición de las nuevas tecnologías produce una socialización mayor de ciertos valores comunes y la extensión del término aldea global de la cultura. En un contexto moderno como éste, la sociedad afronta el reto con una gran apuesta por la investigación tecnológica, acompañada por una apertura de la universidad, como entidad formadora de la conciencia de un país, a las nuevas revoluciones culturales y técnicas originarias en un formato sin fronteras.

La madurez humana no es admisible en el momento presente sin una connotación de apertura y conciencia de universalidad. No basta la relación interpersonal con el propio grupo, ni siquiera con otros grupos de la misma etnia o cultura: se hace cada vez más necesaria la adquisición de una conciencia de pertenencia a una realidad universal y globalizadora, denominada universo. Aun-

39 Gonzalo REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*, Madrid: Rialp, 1993, p. 15.

40 Ramón Luis ACUÑA, *Las tribus de Europa*, Barcelona: Ediciones B, 1993, p. 11.

que Ralf Dahrendorf ya nos haya anunciado el regreso a la tribu del hombre actual, renunciando a una sociedad abierta e ilustrada<sup>41</sup>. En esta línea universal estaría la cosmovisión de Teilhard de Chardin, en cuya argumentación había colocado las bases de una concepción global generalizadora e interdependiente de un universo en plena y constante evolución. Esta evolución estaría dominada por el sentido de complejidad, es decir, en ella se procedería de los seres más simples a los más complejos, llevando también aparejados grados progresivos de inmanencia y conciencia<sup>42</sup>.

La concepción teilhardiana, concebida como una reflexión meta-científica a caballo entre lo científico y lo filosófico, apunta ya con claridad una necesaria conciencia de unidad en la diversidad, que nos aparta totalmente de los personalismos individualistas, fomentadores de una conciencia encorsetada en los estrechos límites del grupo, etnia o ambiente cultural<sup>43</sup>. Hacia esa concepción globalizadora avanza la ciencia y la historia en la actualidad en clara incompatibilidad con el discurso político de los nacionalismos micronacionalistas. La ampliación de conciencia constituye un elemento insustituible en el proceso de maduración psicológico, sino que en gran medida contribuye también al fomento de comportamientos tolerantes, al avivar y fomentar una conciencia unitaria hacia los demás. Por eso la necesidad obligada de que la educación, y especialmente la universidad, mantengan estos valores gracias a la historia.

En la universidad inglesa de Birmingham se ofrece entre los módulos optativos de su título de *bachelor* en Historia Medieval y Moderna, una Historia de Pedro el Grande de Rusia y sus sucesores (1689-1762), incluso una monografía sobre Islandia desde el 800 hasta el 1300. Por su parte, en la National University of Ireland of Galway se da entre las asignaturas optativas una sobre las Relaciones Prusiano-Polacas desde 1795 hasta 1990. Y si nos vamos a la Universidad italiana de Bolonia, se incluyen un abanico de posibilidades donde se pueden encontrar desde la Historia de las naciones eslavas, la de Rusia, o la de Gran Bretaña y la Commonwealth en el siglo XX. Finalmente en la Bochurm se da una Historia del Japón en el siglo XX y otra de la Unión Soviética desde la revolución de 1917.

## LA CONTEMPORANEIDAD DE LA HISTORIA

Eminentes intelectuales han defendido que “la historia es siempre contemporánea”<sup>44</sup>, o “mi vida coincide con la mayor parte de la época que es

41 Ralf DAHRENDORF, *El recomienzo de la historia*, Buenos Aires: Katz ediciones, 2007.

42 Manuel MARROQUÍN, "tolerancia e intolerancia: claves psicológicas de su desarrollo" en *Memoria de Deusto 95/96*, Deusto, 1995, p. 24.

43 *Ibidem*, p. 25-26.

44 Benedetto CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

estudia en este libro y durante la mayor parte de ella, desde mis primeros años de adolescencia hasta el presente, he tenido conciencia de los asuntos públicos, es decir, he acumulado puntos de vista y prejuicios en mi condición de contemporáneo más que de estudioso<sup>45</sup>. Barraclough ha sido quien ha intentado fijar con exactitud el concepto de la Historia Contemporánea. Al defender que difiere en calidad, contenido de la Historia Moderna. Para él, el siglo XIX es cuando se inician los cambios importantes, cuando se plantean por primera vez los problemas reales del mundo de hoy, un hoy que duraría hasta 1960, cuando el mundo inicia un nuevo rumbo. De este modo, defendería un largo proceso de transición que iría de 1890 a 1960, el fin de una época y el nacimiento de otra<sup>46</sup>. Aunque la datación ha sido discutida por otros autores. Valsecchi defiende una estructura dividida en una primera fase de 1789 a 1870; una segunda, de 1870 a 1945; y una tercera, de 1945 en adelante<sup>47</sup>. Sin embargo, de Salis retrasa el inicio de la Historia Contemporánea a 1871<sup>48</sup>, mientras Seco Serrano la sintetiza en dos ciclos revolucionarios: uno de 1789 a 1864; y el segundo a partir de 1864, con un punto en alza en 1917, por la revolución rusa<sup>49</sup>.

No obstante, el problema que se plantea a partir de ahora es la extensión de la contemporaneidad hasta nuestros días, lo que hace que los especialistas de otras edades nos llamen periodistas. Esta ha sido la razón de que hayan empezado a postular por una Historia del tiempo presente, que se diferenciase de la Contemporánea. Sus raíces ya estarían en los inicios clásicos, hemos hablado de Jenofonte y Tucídides, que lo que hicieron en narrar los hechos que vivieron en su momento presente. Sin embargo, fue el desarrollo científico de la historia el que eliminó el presente, tan actual, que no podía ser fruto de una investigación científica seria, e imposibilitaba al no ser pasado, una visión suficientemente objetiva. Tendrán que ser los historiadores de un país “sin historia”, los EEUU, los que inicien después de la Segunda Guerra Mundial el movimiento favorable al estudio del reciente presente. La Fundación Rockefeller y la *Journal of Contemporary History*, las que contribuyeron por la inmediatez de la Guerra Fría a estudiar los aspectos más recientes de la historia del siglo XX. Aunque a partir de los ochenta también se incorporarían a la nueva corriente historiográfica las escuelas europeas (L'École des Hautes en Sientes Sociales, Institut für Zeitgeschichte, Institut of Contemporary British History y el Instituti Della Resistenza).

En España las aportaciones han sido individuales, por parte de Julio Aróstegui, Javier Tusell, José Martínez y Fernando García de Cortázar, especialmente

45 Eric HOBSBAWN, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona: Grijalbo, 1997, p. 7.

46 G. BARRACLOUGH, *Introducción a la Historia Contemporánea*, Madrid: Gredos, 1965.

47 F. VALSECCHI, *Nuove questioni di Storia Contemporanea*, Milán: Marzorati, 1965.

48 J.R. DE SALIS, *Historia del mundo contemporáneo*, Madrid: Guadarrama, 1960.

49 C. SECO SERRANO, “introducción a la Historia de España” en Miguel ARTOLA, *La España de Fernando VII*, Madrid: Espasa Calpe, 1968.

los dos últimos con trabajos que cubren la historia actual desde 1945 hasta el momento presente<sup>50</sup>. Autores que han vivido en el tiempo en que han ocurrido los hechos de que se ocupan, con los problemas que ello plantea.

La historia actual, del tiempo presente, de lo coetáneo, o como se quiera decir, se encuentra en estado licuoso por su temporalidad. Sus fronteras temporales no son fijas, el inicio se realiza desde el presente del autor hasta un límite no definido, donde los procesos mantienen su dinamicidad y se encuentran inacabados en sus desarrollos. La historia del tiempo reciente tiende a confundirse con el periodismo y la sociología, al tener que utilizar los métodos de ellos, como son la entrevista y las encuestas. Los mayores problemas se presentan en la obtención de fuentes fiables, la ausencia de una distancia temporal apreciable para mantener la objetividad, el desconocimiento del final del proceso, el choque con periodistas, sociólogos y economistas, y la casi imposible independencia de su uso político. Sin embargo, aunque la obra reciente carezca de la lejanía necesaria para una visión objetiva, y se vea determinada a ser caduca, al quedar como pasto de los investigadores del futuro, su inmediatez proporciona, siempre que siga una metodología veraz, la descripción de los hechos más recientes por una persona que es capaz de comprender la acción de sus contemporáneos al formar parte de su misma cultura nutricia.

Según Hobsbawm:

“A pesar de todos los problemas estructurales, es necesario escribir la historia del tiempo presente. Además, no hay elección. Es preciso realizar las investigaciones en este campo con las mismas cautelas, y siguiendo los mismo criterios que para cualquier otro campo, aunque no sea más que para rescatar del olvido y, acaso, de la destrucción las fuentes que serán indispensables para los historiadores del tercer milenio”<sup>51</sup>.

No obstante, la labor de selección sobre la abundancia sin límite que proporcionan los medios de comunicación, sean de prensa, audiovisual, etc., obliga al historiador a poner sus propias condiciones. La historia oral, debida a la presencia de testigos vivos de los hechos, también es una fuente novedosa, aunque particularmente poco recomendable. Las fuentes orales suelen estar deformadas, y los datos cronológicos no se ajustan, aunque es recomendable para obtener conocimiento sobre el contexto cultural no medible de forma empírica.

---

50 Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR y José María LORENZO, *Historia del mundo actual 1945-1992*, Madrid: Alianza Editorial, 1991; José MARTÍNEZ, *Historia del mundo actual*, Madrid: Marcial Pons, 1996.

51 Josefina CUESTA, *Historia del presente*, Madrid: Eudema, 1993, p. 90.

La historia oral desemboca en el trabajo de la etnología de los antropólogos, y la disección del modo de vida de una comunidad concreta puede aportar los datos precisos al historiador, no los proporcionados por el testigo interrogado.

Sin embargo, la historia del presente, aunque no dependa de la memoria del pasado, materia prima del historiador, es la última frontera del investigador. Este campo de trabajo pone a prueba su profesionalidad frente a otras profesiones que lo quieren reducir al ámbito académico, pero que llevado por el alto nivel cultural y de conocimientos del historiador le hace parece como un terrible depredador en los medios de comunicación. El historiador encuentra en el estudio de la historia actual su viejo papel arcano de asesor y guía de la comunidad en las tierras inexploradas de un futuro no mancillado por el hombre.

## LA PERSONA COMO SUJETO DE LA HISTORIA

Se suele calificar a la persona mediante dos notas determinantes: la persona es un ámbito de incomunicabilidad, es ella y no otra; y a la vez, por paradoja, obligadamente comunicable. Se es persona en la relación de donación, en la trascendencia, en el salir de sí.

Cuando el hombre se autoentiende como persona, se sabe en posesión de una naturaleza inmutable, el ámbito de incomunicabilidad que le hace precisamente hombre y no otra cosa, y a la vez dotado de una libertad, en unión íntima con la naturaleza indicada, pero distinta de ella, mediante la cual se relaciona con todo lo demás que existe en torno a él: Dios y mundo.

Por cuanto no se da el hombre la naturaleza a sí misma, no se puede dar el ser cuando aún no es, el hombre como persona entiende que la naturaleza de que dispone es otro; pero no crear “a se” la naturaleza propia ni la lejana. La identidad esencial que permite deducir, y se ha de disculpar lo sintético del razonamiento, un Creador común para todas ellas, Dios, y una ordenación básica, común también, que afecta por igual a todos los hombres: ley, norma, pauta, etc.<sup>52</sup>

De esta forma se confirma que la persona es un agente de la historia, por cuanto en la aceptación y modificación de la herencia recibida, en su actuar libre, se incorpora al curso de la historia, sin confundirse con ella. Lo cual significa que la persona no se confunde con el colectivo, y que como tal tiene sus derechos fundamentales que emanan de su condición, y que la autoridad no es que deba concedérselos, sino únicamente reconocerlos como tales.

---

52 Gonzalo REDONDO, “la persona agente de la historia” en *Las individualidades en la historia*, Pamplona: Actas de las II Conversaciones Internacionales de Historia, 1985.